

Mi miel, mi dulzura

Loli FRANCÉS MELLADO*

Hoy es el último día de “La Hora del Cuento” en la Biblioteca Infantil de Burlada. Acudo un tanto preocupada; no me siento segura de cómo va a funcionar uno de los cuentos que seleccioné para hoy, a modo de colofón. Va a ser que me sentía muy optimista respecto a mis niños y mi oralidad la mañana que lo elegí para cerrar un curso de contadas repetidas, cada quince días, aumentando la dificultad de los relatos poquito a poco.

La teoría y la experiencia me dicen que una estructura y un léxico más complejo requieren más atención, pero el esfuerzo de escucha y de relatar es más que recompensado. Yo quiero que los niños y niñas *vivan la magia* de los cuentos, y eso es difícil si sólo me muevo entre títulos “recomendados” para su edad: de tres a seis años. ¿Comprenden *todo* lo que les cuento?... No sé, ni me importa. Yo busco que se emocionen, que escuchen el relato como una música, que sientan su fuerza. No es mi objetivo que diferencien el grande del pequeño; el rojo del azul. No suelo elegir títulos cercanos a su realidad... tan cercanos, en verdad, que me resultan en ocasiones demasiado simples, más bien sosos de escuchar y, sobre todo, de sentir.

33

Nada que ver con “Mi miel, mi dulzura”. ¡Qué deleite!, sin desperdicio, de principio a fin. Uno de esos cuentos que llegan hasta muy adentro, que tienen corazón de verdad y piel de poema. Un relato norteafricano contemporáneo salpicado de rimas, canciones, juegos en lengua árabe. Puras haches, eses, jotas suaves, susurros... mi miel, mi dulzura. ¿Sabíais que el juego de “Éste compró un huevito” es árabe?... Suena una maravilla en su lengua.

Claro que no sé una palabra de árabe, y además me resulta muy difícil, incluso con las aco-taciones del cuento que indican cómo suena al oído. Es muy posible que de aquí brote el grueso de mis dudas.

Los niños y niñas entran en la sala. Nos sentamos en círculo, yo con el libro abierto entre las manos, para mostrar las ilustraciones al tiempo que narro la historia. El primer título es un acierto seguro: “Aladino y la lámpara maravillosa”. Qué tienen los relatos de *Las mil y una noches* para enganchar, *encandilar*, del modo en que lo hacen no lo sé, pero es un hecho. Cuento que las frutas de los árboles de la gruta mágica son piedras preciosas: rubís, zafiros, diamantes..., y los niños, que no tienen ni idea de qué es un rubí, me escuchan embobados, arrebatados, con la boca literalmente abierta y el dedo en la nariz, buscando su propio tesoro.

* Educadora y cuenta-cuentos

Una vez terminado "Aladino" reparto folios y pinturas para dibujar lo que el cuento les ha sugerido, o lo que cada uno tiene en la cabeza y le apetece plasmar en el papel. Es, por un lado, un descanso de la atención antes de escuchar el segundo relato; por otro, el momento en que los niños pueden aportar su visión sobre lo que acabamos de contar.

Una niña dibuja árboles llenos de fresas, "árboles encantados, como los de la cueva de la lámpara"... Qué bonito que los niños identifiquen lo valioso con *lo rico*, con lo apetitoso.

Otro niño dibuja un lobo feroz con dientes *así* de grandes... como todas las sesiones a lo largo del curso. Tiene tres años, y escucha "Los tres cerditos" todos los martes, cuente yo lo que cuente. Esto es pasión, y lo demás... *cuento*.

Recogemos y volvemos a construir el círculo en torno, esta vez, a "Mi miel, mi dulzura". Como siempre, llamamos: "toc, toc," a la magia, para que acuda a abrir el libro y derramar su contenido: *Érase una vez una niña pequeña llamada Jadiya...* Me doy cuenta de que mi voz ha sonado un susurro, y de que con este simple gesto he transmitido que se trata de un relato especial, de un secreto, de un regalo. Ha sido espontáneo por completo, pero un rincón de mi mente lo anota para ser utilizado en otras ocasiones. A partir de aquí y hasta el final de la historia todo marcha sobre ruedas. Estoy disfrutando, el cuento me encanta a mí tanto como a ellos. Me pregunto cómo he podido dudar de que llegara su mensaje al corazón de los niños. Por supuesto, si el cuento es bueno, llega. Pido una manita para hacer el juego del huevo, y encuentro todas las manos extendidas, ávidas de participar de esta sensación maravillosa, de este hechizo que hemos tejido entre todos. No sé si digo correctamente algunas palabras o frases, seguro que no todas, pero los niños las saborean lo mismo, hacen andar la hormiguita sobre el brazo del vecino, y sobre el mío: "dag, dag, dag..."

34

El cuento ha terminado y el libro se ha cerrado, pero la magia flota aún en el ambiente. Una niña se acerca y me da un abrazo de puro gozo. Y yo pienso, una vez más, qué suerte tengo de ser educadora, qué suerte ser cuentacuentos, qué suerte que tantos martes del curso tenga la oportunidad de marcharme a casa con el corazón rebosante de miel, de dulzura... Feliz verano a todos, disfrutad, hasta el curso que viene, muchísimas gracias.